

acto de fe: rasgos bíblicos

sin Cristo el hombre seguiría solo su itinerario religioso, haría solo la experiencia de las grandes realidades que constituyen su vida: el mal, la lucha, el amor, la muerte, viviría en un monólogo encerrado en los límites de su conciencia. Jesús ha roto estas barreras, haciendo suyo el destino del hombre y transfigurándolo, la aspiración a la conversión, a la búsqueda de Dios, tal como el hombre la experimenta naturalmente, termina en esta aspiración tal como la sintió Jesús, bastante fuerte para hacerle pasar por la muerte, la repugnancia espontánea que suscita el pecado se transfigura al contacto del horror infinito de Jesús frente al mal.

Joaquín Garrón, *Temas bíblicos*, 23

M. Corrales

Al intentar un breve bosquejo sobre la fe, tal y como aparece en la Sagrada Escritura, no debemos perder de vista un presupuesto de importancia decisiva: todo acontecimiento de la Historia de Israel que revele de un modo preponderante lo que hoy llamamos fe, germina y echa raíces en un terreno religioso. Quiero decir: hay ya un campo abonado, una fe "en general", embrionaria, si queremos, pero fe. En la Biblia no hay indicios de ateos teóricos, dice muy bien A. Gelin, y cuando el Salmo 14 dice que el insensato afirma en su corazón que no hay Dios, tal pasaje se refiere a los que ponen en duda la eficiencia, no la existencia de Dios.

Y un recorrido, aunque sea superficial, por la Historia Sacra, nos enseña que la gran tentación del pueblo no es el ateísmo, sino la idolatría: desde el episodio del becerro en el desierto, hasta el culto en los lugares altos en tiempo de la Monarquía, el problema de Israel es la fidelidad al Dios vivo y verdadero. Sobre este presupuesto ¿qué nos descubre la Biblia de peculiar sobre lo que hoy llamamos "el acto de fe"?

Todavía en el terreno de las consideraciones generales debemos añadir algo importante y que ya nos introduce en la materia propia de nuestra pesquisa: Todo el ambiente religioso que envuelve a la Biblia es un ambiente dialógico, Dios habla y el hombre escucha. Dios manifiesta progresivamente su designio salvífico, y el hombre va lentamente adquiriendo noticia de ese plan. El hombre escucha a Dios. Pero ese escuchar no es mera pasividad. Implica una respuesta, que no es un mero decir sí, heme aquí. Es una respuesta dinámica, que compromete a la persona toda una

actividad constante: Recordemos lo que supone para Abrahán el decir sí al llamado de Dios (Gen 12-22). En breves palabras podemos concluir que la respuesta del hombre al Dios que le habla, no es otra cosa que su vida toda. Cuando Pablo en su carta a Tito habla de la manifestación de Dios que nos obliga a vivir religiosamente, ese vivir religiosamente es la plasmación de nuestra respuesta al Dios que se ha manifestado definitivamente en su hijo (Tit 2, 11-15; cfr Gal 5,6).

Esta formulación simple que acabamos de hacer, no se presenta hecha de una vez por todas en la Biblia. El pueblo de dura cerviz, y sin embargo pueblo elegido que sale de Egipto, necesita de una larga pedagogía, de una definitiva experiencia en el desierto, y aún de ulteriores y dilatadas pruebas, para aprender a escuchar a Dios, para aprender a realizar el acto de fe de un modo auténtico, es decir, para ponerse en la actitud propia que exige en reciprocidad el acto de Dios revelador.

Hechas estas consideraciones generales, podemos distinguir en la Biblia dos caminos para la fe: la EXPERIENCIA DIRECTA de contacto con lo Sagrado, y la fe como RECEPCION DEL DEPOSITO transmitido por quienes tuvieron aquella experiencia directa. En el primero, Dios habla y unos cuantos privilegiados —pocos— escuchan y reciben una misión de Dios. En el segundo, estos privilegiados comunican lo recibido en la Revelación y lo transmiten a otros.

En el Antiguo Testamento encontramos dos ejemplos sobresalientes de fe a través de la

EXPERIENCIA DIRECTA del Dios que habla: Abrahán y Moisés.

En el caso de Abrahán se verifican los dos presupuestos generales que hemos explicado: Hay una fe previa "en dioses extraños" (Jos 24, 2), y hay un diálogo "Dijo Dios a Abrahán..." (Gen 12, 1). Sobre ellos hemos de ver qué rasgos peculiares tiene la respuesta de Abrahán, es decir, su acto de fe. Es desde luego una fe en el Dios que promete. Una fe acentuadamente matizada por la confianza. Pero es también una fe que compromete su vida entera y determina su larga peregrinación a Palestina y Egipto. En el marco bíblico no podemos considerar unilateralmente la fe de Abrahán, hemos de tener presente siempre el sentido dialógico de las comunicaciones de Dios y ver el significado que en la mentalidad hebrea tienen ciertas actitudes y aún ciertos conceptos: Abrahán "se fia" de Dios, pero Dios por su parte "se fia" de Abrahán. Para la mentalidad hebrea lo verdadero —trátese de hombres, hechos o de cualquier otra cosa— es aquello que se encuentra firme (digno de confianza) después de haber sido probado. Por eso para un israelita verdad no se opone a error, sino a mentira. Aplicando esto al acto de fe de Abrahán vemos como Dios le prueba, y con qué intensidad (cfr. Gen 12, 1ss; 15, 5-6, y la gran prueba Gen 22), y al final Abrahán es hallado firme. Por su parte Abrahán pide una señal a Dios: "¿En qué sabré que heredaré la tierra?" (Gen 15,8), y la respuesta de Yavé se realiza en el contexto sacro de una Alianza (Gen 15, 9-21). No podemos detenernos ahora en explicar la trascendencia que esto tiene. Notemos, con todo, que este mismo esquema lo veremos repetido, tanto en los casos de revelaciones directas semejantes a la de Abrahán, como en la transmisión de éstas al pueblo.

Quede claro que la fe de Abrahán, para quien la palabra de Dios tiene un valor definitivo, además de ser modelo para todo creyente (Sir 44, 20), es la base de la existencia del pueblo elegido.

Así como la fe de Abrahán es respuesta a una vocación, la de Moisés es realización de una misión. Dios habla a Moisés y le encarga liberar a su pueblo. Le manda hablar a ese pueblo EN SU NOMBRE (Ex 3, 1ss). A Moisés se le plantea el problema obvio de las garantías que el pueblo exigirá: "Respondió Moisés y dijo: No me creerán ni escucharán mi voz, sino que dirán: No se te ha aparecido Yavé" (Ex 4, 1). A esto responde Dios dando a Moisés poder de hacer signos.

Misión y signos que la acompañan son dos elementos que a partir de este lugar tendrán importancia decisiva como medios que usa Dios para manifestar progresivamente su designio salvífico a los hombres.

No podemos extender nuestro estudio a los profetas y a otros personajes del Antiguo Testamento. Sobre estos dos casos notables que son Abrahán y Moisés, podemos concluir que el Acto de Fe en un Dios que habla directamente, no tiene complicaciones: La respuesta es una actuación inmediata. Pero esto no quiere decir, en ninguno de los dos casos, que el acto de fe sea irracional o superficial. En el diálogo con el Dios que se revela, estos hombres privilegiados proponen sus dificultades y los inconvenientes que encontrarán al tratar de realizar lo que Dios pide de ellos (Gen 15, 2, 8; Ex 4, 1; 6, 12ss. 30), y Dios accede y admite por válidas sus objeciones y les da señales que le comprometen con ellos (Gen 15, 9-21; Ex 3, 12).

Veamos ahora que nos dice el Antiguo Testamento del ACTO DE FE BASADO EN EL TESTIMONIO de esos hombres privilegiados. Resumiendo todos los casos posibles tenemos como resultado un conjunto: LA FE DE ISRAEL. Dios habla a Israel por intermedio de sus patriarcas y profetas, Dios interviene en la historia de su Pueblo, pero también interviene en las etapas previas a la constitución de Israel como pueblo y en los períodos posteriores. Hay con todo un acontecimiento sobresaliente, cuya importancia es trascendental para los israelitas de todos los tiempos: La liberación de Egipto, basada en el beneplácito de Dios que elige a los hebreos como pueblo suyo (Lev 26, 11ss).

La fe de Israel es respuesta a esta elección de Dios (Ex 4, 31; 14, 31). Más que aceptación de un mensaje transmitido por hombres privilegiados, el acto de fe de Israel es en primer lugar un COMPROMISO TOTAL: el Exodo. Los signos juegan aquí un papel importante: indican a los hijos de Israel la veracidad del testigo que les habla (Ex 4, 1. 30). Nuevamente se repite con el pueblo, lo que más arriba hemos notado sobre la fe de Abrahán. Dios pone a prueba la calidad de la fe de su pueblo; el pueblo tienta a Dios. Al final el resultado es claro: Infidelidades, claudicaciones de Israel a su compromiso. Fidelidad absoluta de Dios al suyo. "Acuérdate de todo el camino que Yavé tu Dios te hizo recorrer durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y para conocer lo que hay en tu corazón, si ibas a guardar sus mandamientos o no" (Det 8, 2). El pueblo no fue capaz en muchas ocasiones de responder fielmente a la prueba de Dios: Protesta porque padece sed (Ex 17, 1-7), exige carne (Núm 11, 33) y reniega de Yavé ante el becerro (Ex 32, 1-35). Todo esto como puntos sobresalientes en medio de una continua añoranza de la esclavitud ante las dificultades (Ex 5, 20ss; 6, 9; Núm 14, 22).

La fe de Israel, en principio, no es discernible en toda su pureza de acto religioso: Un pueblo oprimido encuentra un jefe que lo libera y le sigue sin discusión. Pero esto no quiere decir de ninguna manera total ausencia de sentido religioso: Las narraciones del Exodo tienen mucho cuidado con recalcarlo. Y en todo caso, donde quedarán patentes las dimensiones y la trascendencia del acto de fe del pueblo será en el desierto ante las pruebas de Yavé.

La experiencia del desierto no es solamente un acontecimiento cuyo simple recuerdo aliente en el futuro a los israelitas en su vida religiosa. Es algo más. Recordemos que las relaciones de Israel con Dios se realizan en el marco de una Alianza (Ex 19). Anualmente renueva el pueblo su compromiso con Dios, y Dios con su pueblo. No es mero recordar la existencia de un acontecimiento, es actualizar y renovar el compromiso. Los profetas y las reflexiones sapienciales insistirán de un modo notable en la actualidad del acontecimiento y su influjo en la vida religiosa del pueblo. "Los Profetas consideran el Exodo como algo que ha de renovarse siempre y dan a las celebraciones litúrgicas el valor eficaz de comunión actual con un Dios cuya acción pasada garantizaba la presencia indefectible en la historia del mundo" (J. Guillet, Temas Bíblicos pp. 8 y ss.). Para Isaías el Exodo no tiene solamente un carácter ejemplar, se repite Is 31, 4). Los Salmos acentúan la presencia continua de este acontecimiento en cada israelita (Sal 95, 7).

Pasando al Nuevo Testamento, hay una novedad que conmueve totalmente el estilo de las relaciones del Pueblo con Dios. La Palabra de Dios se ha hecho carne, y Jesús no sólo realiza una misión al estilo de Moisés, sino que

es El mismo Dios y también la salvación definitiva. "Este lenguaje resulta intolerable. ¿Quién podrá soportarlo?" (Jn 6, 60), dicen quienes le escuchan. La fe, a partir de ahora, ha de ser fe en Jesús, pero una fe total. Precisamente en los Sinópticos el verbo "creer" equivale a "tener por verdadero", cuando se trata de confesar la Mesianidad de Jesús, su Resurrección, o aceptar su predicación sobre la venida del Reino (Cfr. Mc 15, 32; 16, 11-14; 1,15). La respuesta es o adhesión o rechazo. Y una confesión afirmativa es un don, una gracia (Mt 16, 16ss), como fue una gracia la predilección de Dios por su pueblo en el Antiguo Testamento.

También la fe de la Iglesia, de aquellos que creen en Jesús por el testimonio de quienes vieron y palparon el Verbo de la Vida (1 Jn 1, 1), tiene su paralelo y su prefiguración en la fe del pueblo que sale de Egipto. Así como la fe de Israel es un acontecimiento actual siempre por la renovación perpetua de una Alianza y confesado como un "Credo" (Dt 6, 20; 26, 5-10), la fe del Nuevo Pueblo será en un acontecimiento, que no es mero hecho del pasado recordado simplemente, sino presencia viviente en la liturgia y en los sacramentos. Acontecimiento vivamente presente que se predica desde el principio a judíos y gentiles.

Aquí, para terminar, hemos de tener en cuenta un detalle importante. La respuesta al "kerygma" o a la "catequesis" no es simplemente la aceptación de una serie de verdades. El centro del Cristianismo no lo ocupan unos libros o unas verdades, sino una persona: Jesucristo, de tal manera que el sí de la fe es una entrega total a El. Confesar a Cristo, como lo hace por ejemplo el eunuco ante Felipe (Act 8, 37), supone no sólo una adhesión intelectual. Así como el "creo" de Israel determina su peregrinación por el desierto, el "creo" del Cristiano implica una conversión, un revestirse de Cristo (Rom 13, 14) y vivir una vida nueva (Rom 6, 4).

ACTO DE FE: RASGOS BÍBLICOS

